

Las viejas ignominias

RUDYARD KIPLING: *Crónicas de la Primera Guerra Mundial*. Prólogo de Ignacio Peyró. Traducción de Amelia Pérez de Villar Madrid: Fórcola, 2016, 128 pp.

En algún lugar de *El libro de la selva*, hacia el final, Rudyard Kipling cuenta cómo llega de nuevo a la jungla «el susurro de la primavera, algo que vibra en el aire y que no es ruido de abejas, ni de agua que cae, ni de viento en las copas de los árboles, sino la especie de arrullo del mundo que se siente feliz». Como explica Ignacio Peyró en su extraordinario prólogo a estas *Crónicas de la Primera Guerra Mundial* de Kipling, la apacibilidad de Europa en las vísperas inmediatas de 1914 era muy perceptible: el mundo, simplemente, no podía ser mejor, o al menos todo parecía encaminarse hacia una felicidad general y duradera. Nunca habíamos estado mejor organizados. Nunca habíamos sido más ricos. Nunca habíamos estado tan sanos ni tal vez tan alegres. Nunca las naciones se habían entendido mejor, a pesar de la famosa «paz armada». Todos los

cambios, muy profundos, venían a ayudarnos, y ese progreso constante pero cada vez más ágil parecía ya definitivo, irreversible, eterno, una promesa de concordia universal, el futuro como paz y como luz. Claro que en los primeros años había habido genocidios (el Congo Belga en 1904) o matanzas (San Petersburgo en 1909), terrorismo y epidemias, pero a la altura de 1914 lo que reinaba era el optimismo en medio de la velocidad. En *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Philipp Blom, aunque discute un tanto ese carácter de *belle époque* a las puertas de la inesperada contienda, incide en que «en las conversaciones y en los artículos periodísticos se hablaba sobre todo del veloz avance de la técnica, de globalización, de los progresos en el ámbito de la comunicación y de los cambios que afectaban al entramado social; entonces como ahora, dejaba su sello en la época la cultura del consumo de masas; entonces como ahora, la sensación de vivir en un mundo en imparable aceleración, de estar lanzándose a lo desconocido, era arrolladora». Todo eso es lo que saltó por los aires en junio de 1914 con un solo disparo en Sarajevo, y el mundo tuvo que ver cómo quedaba dinamitada para siempre esa dulce inocencia que apenas había empezado a emerger.

Kipling era ya por entonces un escritor mundialmente conocido. En 1907 se había dado una vuelta por Estocolmo para recoger (con sólo cuarenta y dos años) el primer Premio Nobel concedido al idioma inglés, y con ello quedaba justamente consagrada una literatura de aventuras, piratas, soldados, duendes y animales parlantes que era cualquier cosa menos superficial (la asamblea de los animales al comienzo de *The Jungle Book* es una escena digna de una tragedia de Shakespeare, sólo que con lobos y osos que discuten en lugar de reyes y embajadores). Lo que sí ha sido perezoso es el modo en el que las décadas y algunos prejuicios apresurados han acusado a Kipling de imperialista y racista, y aunque la acusación no carece por completo de verdad, o al menos de argumentos (esas rimas de «La carga del hombre blanco»...), lo cierto es que no se le debería leer ni interpretar sin entender que sus patrones mentales y estéticos eran muy distintos a los del sistema literario con el que acabó conviviendo, y en el que, aunque especialmente canonizado, sigue incrustado. Nacido en Bombay, e hijo de un oficial británico destinado en la India colonial, era hijo también, por tanto, de esa desubicación violenta entre lo

que había mamado («Dadme los seis primeros años de la vida de un niño y tendréis el resto del hombre», puso al frente de su libro de memorias *Algo de mí mismo*) y lo que el mundo supuso de él, atribuyéndole una naturaleza inglesa a la que Kipling nunca llegaría a pertenecer plenamente casi ni en lo idiomático, y desde luego no en el estilo literario, ni en su particular humor, ni en su concepción del mundo y de la historia, que, lejos de nacionalismos, anheló crear más bien un espacio literario que, como ha escrito el poeta Álvaro García, al cabo «es el sueño de una vida más plena en el planeta».

Sería tentador leer estas crónicas bélicas que ahora, cuidadosamente traducidas por Amelia Pérez de Villar, ven la luz en español como si tuvieran algo de libro de aventuras, pues en ellas el glorioso y ya cincuentón escritor visita los frentes de Francia (en el libro *France at War*) e Italia (en el opúsculo *The War in the Mountains*), pero, aunque es verdad que leyéndolas obtenemos buenas claves para entender títulos más célebres (el escurridizo pero genial humor de Kipling, por ejemplo, oscuro pero travieso), no hay que forzar las cosas. Baste destacar el exaltado testimonio de francofilia (otra característica casi insólita en un británico...): Francia habría sido tradicionalmente «la primera en seguir la Verdad y la última / en dejar atrás las viejas Verdades», y de hecho atribuye a los franceses «el gozo de ser útil» y otros valores clásicamente relacionados con el carácter inglés, como el de la impasibilidad ante las dificultades: «Todos los aspectos y detalles de la vida de Francia parecen haber quedado cubiertos por la suave pátina de la guerra continua. Todo, salvo el espíritu de la gente, que permanece tan fresco y glorioso como la visión de su tierra bajo el sol». Más llamativa aún es la flema británica que observa entre los italianos montañeses: «Hombres cuyas vidas discurren normalmente al aire libre, que poseen y pertenecen a su entorno de una manera mucho más natural que aquellos cuyo clima e industria les obligan a permanecer a cubierto la mayor parte del año. El espacio, la luz del sol y el aire, la procesión de la vida bajo esos cielos nítidos, colman a los italianos de buena parte de su bagaje mental. Y así, cuando un soldado se ve obligado a sentarse en medio del suelo polvoriento y quedarse quieto durante horas, mientras caen las bombas, lo hará con la misma naturalidad con la que un inglés acerca su silla al fuego». En cuanto a los alema-

nes, la despersonalización y la animalización del enemigo son tan continuas, profundas e insultantes que, como bien reflexiona Peyró, sólo se explican a la luz de la retórica de la propaganda: «Éste es el único punto vital que nosotros, los ingleses, tenemos que entender. Nos las estamos viendo con animales que, desde el punto de vista científico y filosófico, se han apartado de manera inconcebible de la civilización».

El gran trauma que provocó la Gran Guerra está relacionado también con la técnica, con esa capacidad de destrucción que tenían las nuevas armas. Hasta 1914 las guerras eran en esencia como los combates homéricos, hombre a hombre, pelea sobre el terreno... Ahora las nuevas maneras de matar y destruir a distancia tenían tanto que ver con el afán de eficacia como con la simple cobardía: «Se supone que cada pueblo luchará a su modo, pero esta guerra ha sobrepasado todos los modos conocidos». «La contemplación de las viviendas destruidas y las enormes tiendas abiertas provocaba un horror que hacía perder mucha energía», observa en otro momento, y ante la catedral de Reims medita inolvidablemente sobre «lo que las piedras del pavimento pueden hacer contra su propia ciudad cuando las bombas las hacen saltar del suelo».

Ésas son ya impresiones de poeta, intuiciones sagaces a las que los lectores de Kipling estamos acostumbrados y que aquí también saltan cuando uno menos se lo espera. Si junto a los montes Dolomitas (que, según un lugareño, «es donde van los extranjeros a escalar y escribir libros») observa que «un río al que alimenta la nieve es tan poco de fiar como un borracho», antes ha dicho de alguien que «me hizo pensar en mí mismo con mayor condescendencia, y eso es la esencia de la amistad». En palabras como éstas el lector devoto se sentirá como en casa, aunque esté en las trincheras, sabiendo que tanto nosotros como todos sus intrépidos personajes podremos terminar afirmando con un duro estoicismo también muy de la casa que «ahora descansamos / riéndonos de las viejas ignominias / que el Tiempo ha convertido en una broma».—**JUAN MARQUÉS**